

Buenos Aires Bajo La Libertad

por Sebastián Salazar Bondy

Tras más de cuatro años de ausencia, durante los cuales se sucedieron los acontecimientos políticos más trascendentales de la última década, volví a Buenos Aires un poco en busca del aire de libertad que la caída de Perón naturalmente debía haber despertado en la capital argentina. De primera intención, la faz de la gran ciudad se mostró a mis ojos invariable: el mismo fragor de antes, la misma multitud atareada, la misma euforia vocinglera en calles, plazas y cafés. Bien pronto, sin embargo, en el primer solitario paseo, advertí el enorme cambio producido. Los carteles murales llevaban el sello de radicales, socialistas, conservadores y hasta comunistas. El objeto del debate público era la enseñanza laica y el blanco de los ataques liberales la figura del Ministro de Educación, Dell'Oro Maini, a quien se atribuyen los intentos de instaurar en la pedagogía un régimen de control religioso.

Esto era nuevo para mí, que viví en los años más rígidos de la dictadura peronista. Y era nuevo también, conforme lo fui la noche de mi arribo descubriendo, el hecho de que la prensa opinara e informara sin trabas y a veces enérgicamente sobre los problemas de la actualidad. Las carteleras de los teatros, desde aquellos que exhiben las obras de Jean Paul Sartre —prohibidas por el régimen depuesto— hasta las de los teatros de revistas y sainetes —que aluden al autócrata vencido o a quienes hoy ostentan el poder—, denunciaban asimismo que a la asfijante atmósfera "justicialista" había sucedido un saludable y fogoso viento democrático. Pronto comprobé que la conversación en los lugares públicos, el cambio de palabras fortuito de un encuentro, la charla amical del hogar, se referían a los asuntos más candentes de la política con desenfado y calor.

Cómo Vive el Peronismo

En el café de mis años porteños hallé al viejo lustrabotas que allí tiene establecido desde hace tiempo su modesto negocio, y él fue mi fuente inicial de información. Durante nuestra conversación, sin cuidarse en lo más mínimo de sus vecinos, crítica a Lonardi, Aramburu o Rojas —pues se mantiene tenaz en la brecha peronista— y se lamenta del alza del costo de la vida, de la desaparición de la fuerza sindical, de lo que él parece considerar una usurpación por parte del Ejército. No teme ninguna represalia y se confiesa partidario del dictador. Esto es significativo. Quiere decir, ante todo, que ya no es temerario, como lo fuera hasta hace apenas un año, manifestar desacuerdo con los gobernantes y mostrarse insatisfecho de su conducta. Se lo hago ver, pero él no da un paso atrás. Ello me revela un aspecto de la realidad argentina que en los días siguientes comienzo a advertir con mayor claridad.

El peronismo existe: he allí la verdad. No tiene la potencia popular de sus años de auge y no puede, a lo que parece, provocar una situación que permita el retorno de sus dirigentes al poder, pero está latente en un amplio sector de la ciudadana.

No obstante la cautela de quienes llevaron a cabo la Revolución Libertadora —así se denomina el movimiento que terminó con Perón—, muchos domócratas temen que prevalezca en los gobernantes la tendencia que supone que el problema se reduce a retornar al estado de cosas de 1943 y comenzar a marchar como si nada hubiera pasado. Tal criterio lleva implícito, por cierto, un temperamento hostil a toda expresión popular, a todo sufragio, a toda normalidad. Hay quienes ni siquiera se han preguntado: ¿qué fue lo que en 1943 y desde antes produjo el monstruo y cómo hacer para impedir en lo sucesivo que él despierte y se imponga?

La Adhesión de las Masas

Demasiado fue lo que el peronismo corrompió: destruyó las instituciones tutelares, desquició a la economía del país, introdujo la violencia y la intimidación, se irguió como un sistema policial despiadado e insensible, dio pábulo a la más voraz inmoralidad administrativa. De tal postración, la Argentina se ha levantado, es verdad, pero no ha tomado todavía un rumbo cierto. Divide a las gentes la discusión, agria y contumaz, sobre los problemas religiosos en la vida civil (educación, divorcio, relaciones entre la Iglesia y el Estado, etc.) y desde ahí la divergencia se ahonda hasta el extremo de reclamar una nueva revolución, un nuevo cambio. Los partidos políticos, expresa o tácitamente, están preocupados de ganar para su causa a las masas que vitorearon, en las épocas ya sobrepasadas, al dictador. En ello empeñan su esfuerzo y se abocan a la tarea de conquistar, sinceramente o no, la adhesión del obrero desorientado. No faltan, sin embargo, los pocos que reclaman no sólo la ilegalidad del partido de Perón sino aun la eliminación de los padrones de los ciudadanos inscritos en él. Cuando oigo o leo una idea semejante recuerdo cuánto le ha costado al Perú la ingenuidad de declarar fuera de la ley a las ideologías demagógicas y pienso que nada sería peor para el futuro argentino que la creación de un fantasma en torno a cuya peligrosidad se fraguaran, como entre nosotros, imperdonables regímenes de fuerza.

A la semana de estar en Buenos Aires sé que lo que espera el hombre probo, lo que anhela el ciudadano que resistió silenciosa y heroicamente los desmanes del peronismo, son elecciones libres, pero también sé que nada anuncia —aparte de una promesa inicial reiterada por Aramburu— que se hayan de llevar a cabo de inmediato. En tanto a la ciudad la inundan pertinaces olas de rumores y la población que las hace circular acrecentándolas espera la normalización de la vida dentro de un estado de derecho, todo parece, desde fuera, funcionar a la perfección: la gente de prisa rumbo a su trabajo, el comercio hormigueante en el centro y los arrabales, los restaurantes colmados de parroquianos bulliciosos, los teatros y cines plenos de público y hasta mi antiguo amigo el lustrabotas cumpliendo alegremente su humilde labor, como si todo continuara intacto.